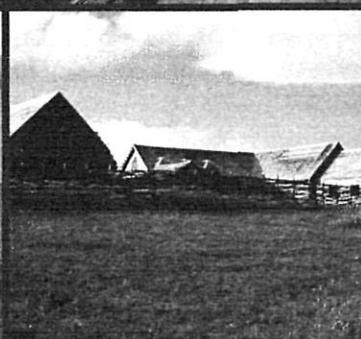


01
02
03
04
05
06
07
08
09
10
11



Corolarios arquitectónicos. Noticias de Chiloé*

ROBERTO GOYCOOLEA

Universidad de Alcalá. Subdirector de la Escuela de Arquitectura

01

Jorge Lobos
Iglesia de San Vicente de Paul
Ancud, Chile

02

Jorge Lobos
Pasillo. Hogar de Ancianos
Maulin, Chile

03

Edward Rojas
Interior de Casa en el Bordemar
Nercon, Chile

04

Edward Rojas y Eduardo Feuerhake
Exterior de Museo de Arte Moderno
Chiloé/Castro, Chile

05

Jorge Lobos
Interior de Iglesia de San Vicente de Paul
Ancud, Chile

06

Jorge Lobos
Hogar de Ancianos
Maulin, Chile

07

Iglesia de Aldachildo
Isla Lemuy, Chile

08

Jorge Lobos
Iglesia de San Vicente de Paul
Ancud, Chile

09

Jorge Lobos
Rampas. Hogar de Ancianos
Maulin, Chile

10

Edward Rojas
Exterior de Casa en Bordemar
Nercon, Chile

11

Edward Rojas y Eduardo Feuerhake
Interior Museo de Arte Moderno
Chiloé/Castro, Chile

Aunque la defensa del patrimonio arquitectónico es hoy una idea socialmente aceptada, se trata de una postura reciente y no exenta de contradicciones. Oponiéndose a la función histórica de los encargados de configurar el espacio habitable -erigir lugares adecuados a las demandas de la sociedad del momento-, esta actitud supone reivindicar espacios diseñados para realidades culturales pasadas. Nunca se había planteado algo parecido. La norma había sido, siempre, sustituir los modelos antiguos por otros acordes a las nuevas ideas y formas de vida que se iban gestando.

¿Qué ofrece, pues, la arquitectura histórica para que sea conservada? Objetivamente, la ciudad moderna responde mejor a nuestros parámetros de bienestar. Sus servicios, transportes, comercios, zonas de trabajo y ocio, viviendas y similares son más eficaces, asequibles e higiénicos que en ninguna otra época. Las razones que subyacen en la protección del patrimonio no pueden ser, entonces, de orden técnico. A nuestro entender, las peculiaridades formales y sociales de la ciudad antigua generan en quien la habita y percibe una experiencia espacial más rica y sugerente en ideas y estímulos que la obtenida de las metrópolis modernas. Megalópolis que no se diseñan pensando en el individuo sino en la eficiencia técnica y la rentabilidad inmobiliaria. Y en las que las multinacionales imponen a cualquier precio sus patrones culturales. No es necesario viajar demasiado para constatar la homogeneidad y atonía espiritual a la que conduce esta situación. Madrid, Casablanca o Sao Paulo no sólo se parecen cada vez más sino que en ellas se tiende a trabajar, vivir y soñar de la misma manera. De ahí que la defensa del patrimonio se pueda ver como un acto de rebeldía contra la negación de las diversidades geográficas y culturales.

El dilema que esto presenta a políticos y arquitectos es evidente: ¿cómo lograr que los espacios que proponen compaginen las ventajas técnicas y económicas de la globalización con los beneficios sociales y psicológicos del mantenimiento de las identidades locales? La solución no es sencilla ni unívoca puesto que alude a una multitud de situaciones diferentes. Lo que convierte a las respues-

tas particulares en referentes obligados al momento de intentar entender y abordar el problema planteado.

Desde esta perspectiva, presentamos a continuación una experiencia arquitectónica desarrollada desde hace unas décadas en Chiloé, seleccionada por dos razones: una arquitectónica, que atañe al interés de los proyectos realizados. Otra política, que concierne a la coherente respuesta dada al reto del afianzamiento de las identidades culturales locales frente al imperante proceso de globalización.

Chiloé es el nombre de la Isla grande y del archipiélago que surge del “hundimiento” de la Cordillera de Los Andes en el extremo austral de Chile. Tierra calificada a menudo de asombrosa, fascinante, incluso mágica, por cronistas y viajeros. Bien por la belleza inasible del paisaje, la tristeza melancólica de la lluvia, las eternas nieblas y los densos bosques autóctonos. Bien porque la clausura insular, el riguroso clima, sumado a su condición de frontera sur natural en la larga guerra de sometimiento del pueblo que Alonso de Ercilla bautizó Araucanos, han contribuido a gestar una cultura propia. Una cosmología desarrollada sin vinculaciones directas con el continente, que divaga entre el mar y la tierra, el clima y sus ancestros, y que hacen del chilote un habitante de periferia, una síntesis entre agricultor y pescador, devoto católico, establecido a orillas del mar como lugar favorable para su subsistencia. Este modo de vida se ha reflejado en las manifestaciones artísticas y leyendas y, sobre todo, en una forma peculiar de ocupar el territorio y en una arquitectura de gran calidad, cuyo origen se remonta a la llegada de los españoles en el siglo XVII.

Como en toda conquista, los peninsulares intentaron transponer sus pautas culturales a los nuevos territorios pero debieron adaptarlos a las condiciones geográficas, sociales y económicas de lugar. En nuestro caso, los alarifes se encontraron con que no disponían de los recursos para construir del modo que conocían. No había piedra, hierro ni albañiles. Existía, en cambio, madera de calidad en abundancia y una población nativa que sabía trabajarla. Se configuró así una arquitectura basada en los patrones llevados por los conquistadores pero realizada con los materiales y técnicas disponibles. El resultado fue sorprendente y su valoración contradictoria: facsímiles espurios para las mentalidades puristas, síntesis fantásticas para los heterodoxos.

Arquetipo de esta síntesis estilística son las iglesias diseminadas por todo el archipiélago debido a una evangelización jesuita centrada en las misiones circu-

lares más que en parroquias y poblados. De un proceso del que sólo se conocen sus resultados, los prototipos eclesíásticos europeos fueron amoldados a las condiciones del lugar. Columnas, arcos, bóvedas, capiteles, archivoltas y demás elementos arquitectónicos propios de la construcción en piedra se realizaron completamente en madera, incluyendo las cubiertas y revestimientos exteriores. La delicada construcción y la sabia utilización del color natural de las maderas nativas para destacar la configuración del espacio, han convertido a estos templos en la expresión mayor del arte chilote. La participación comunitaria en el diseño, construcción y mantenimiento de las iglesias contribuyó a formar una mano de obra especializada. Una tradición carpintera, transmitida por siglos de padres a hijos, extendida a las demás construcciones de la zona y a la fabricación de todo tipo de herramientas, muebles y utensilios domésticos.

La secular incomunicación del archipiélago permitió la conservación de estas construcciones y, lo más significativo, la subsistencia del paisaje y el entorno cultural en que se realizaron. La paulatina incorporación de Chiloé al proceso de modernización que experimenta el país a mediados del siglo XX supuso la llegada del “progreso”. Y, con él, una inexorable sustitución de la arquitectura existente por formas de construir y ocupar el espacio pensadas para otras realidades y que se han mostrado inadecuadas para la región. Desgraciadamente este proceso de “modernización” se ha repetido tantas veces que no es necesario extenderse en sus nefastas consecuencias.

En la década de los setenta la tendencia tiende a revertir, cuando se comienza a tomar conciencia en Chile de la irreparable destrucción de la memoria histórica que estaba produciendo la indiscriminada imposición de las propuestas arquitectónicas internacionales. Es en este momento de revaloración de los modelos tradicionales de ocupación del territorio y las arquitecturas vernáculas cuando una serie de arquitectos de la Universidad de Chile comienzan a interesarse por el archipiélago. Empezaron una acertada labor de estudio y recuperación del patrimonio en la que destaca la figura de Hernán Montesinos, maestro del grupo de arquitectos que ha soñado con el archipiélago y artífice de la Fundación de Restauración de Iglesias de Chiloé.

Aparte de la bondad de sus investigaciones y de los edificios recuperados, la iniciativa tuvo un resultado sorprendente. Varios arquitectos jóvenes, que vivían y estudiaban en la millonaria capital del país se plantearon una alternativa radical a los modos vigentes de entender y hacer arquitectura, instalándose no sólo a trabajar sino a vivir en Chiloé: Nelson González, Renato Vivaldi, Ed-

ward Rojas, entre otros. Su tarea se concentró en recuperar el patrimonio y en utilizar en sus proyectos los elementos formales y tecnológicos propios de la historia edilicia de la isla. El alcance del quehacer de estos profesionales ha sido excepcional, tanto por sus realizaciones como porque se constituyeron en un foco cultural que continúa atrayendo a artistas y arquitectos: Lorenzo Berg, Jorge Espinoza, Mariela López, Loreto Ibieta, Teófilo Cárdenas, Ernesto Lebert, Jorge y Carlos Lobos, Alejandro Wahl, por señalar sólo algunos. Resultados visibles esta experiencia son, aparte de los edificios construidos, los talleres y galerías de arte y artesanía fundados, el aumento del turismo cultural y la reciente fundación del Museo de Arte de Moderno de Chiloé.

Arquitectónicamente, la respuesta de estos profesionales al problema que nos ocupa se ha configurado paulatinamente. Al comienzo el trabajo se centró en luchar por la “identidad que se pierde”, actuando contra el expolio patrimonial y produciendo obras de carácter “neovernáculo”. Una etapa en la que se busca en la “identidad nacional” una alternativa a los modelos internacionales imperantes y el sentido y fundamento de los proyectos que se planteaban. Con el tiempo se ha pasado a un entendimiento más abierto del desenvolvimiento social, asumiendo que si una sociedad se ancla en su modo de ser tradicional terminará en escaparate de museo. Se habla así de una “identidad que se transforma” y de la necesidad de actuar desde la óptica de una “modernidad apropiada”. Sustento teórico de una actitud que ha consistido en plantear una arquitectura que sin renunciar a las aportaciones técnicas y teóricas de la arquitectura moderna, acepta los modelos urbanos y arquitectónicos distintivos de Chiloé. Sus obras ya no intentan justificarse en las tipologías vernáculos ni los espacios tradicionales. En ellas se observa un tratamiento de la forma y el espacio propios de la cultura contemporánea, pero en las que también se reconoce la memoria arquitectónica local, las particularidades del clima y los procedimientos constructivos tradicionales de la zona.

Las obras de Edward Rojas y Jorge Lobos seleccionadas para ilustrar esta experiencia constituyen hermosos ejemplos de esta manera de entender la arquitectura. Forman parte de ese grupo más amplio de arquitectos afincados en Chiloé, cuyas obras han recibido el reconocimiento de la disciplina y están sirviendo de ejemplo para iniciativas parecidas. Pero, sobre todo, forman parte de un movimiento que ha contribuido a que oriundos y foráneos reconozcan la riqueza de su patrimonio arquitectónico y vean que, si se hace con la voluntad y sabiduría necesaria, se puede “ser moderno” sin destruir la memoria histórica, sin perder la idiosincrasia cultural.

NOTAS

El objetivo de *Colorarios arquitectónicos* es introducir y explicar las ilustraciones de la revista, entendidas como un tema autónomo, y responder a la voluntad del Consejo de Redacción de abrir *Quórum* a las distintas formas en que se expresa el pensamiento iberoamericano. En este caso, a las manifestaciones arquitectónicas, en el convencimiento de que el espacio que el hombre construye para desarrollar sus actividades es uno de los reflejos más claros de cualquier época; de la Roma imperial de los césares a las megalópolis de la globalización, la arquitectura ha plasmado los ideales y miserias ideológicas, económicas y tecnológicas de la sociedad que las construyó.